

Cultura andaluza, peligrosamente dual

Antonio Rodríguez Almodóvar

Escritor

Al filo de un nuevo milenio, el momento cultural andaluz responde, entre otras, a una característica de alto riesgo: la tendencia al dualismo, a la separación, al divorcio. No es nuevo, pues de siempre hubo una cultura elevada –que nos proporcionó dos Premios Nobel de Literatura, a más de una pléyade innumerable de escritores de primera fila, y otras muchas figuras, de la música, de la pintura, etcétera– y una cultura popular de rasgos muy marcados, que ha llamado la atención de los extranjeros desde hace mucho tiempo, y que sigue aportando señas de identidad inequívocas: el flamenco, la copla, el habla, el folclore de masas, el folclore de raíz, ciertas costum-

bres y tradiciones, cierta manera de ser... Pero una y otra vivieron de espaldas, con muy pocas, aunque notables excepciones: los planteamientos positivistas del grupo de Machado y Álvarez, a finales del XIX; las combinaciones estéticas, tan fecundas, de la época de Falla y García Lorca. No es nuevo, por poner un ejemplo claro, que la pequeña burguesía andaluza, incluso la clase obrera y campesina, no tengan muchos tratos con el flamenco, ni con los gitanos. A su vez, la primera ha sido el sostén de la iglesia católica –junto con los ricos, mientras que el proletariado y el campesinado han recelado, por lo común, de curas, vírgenes y procesiones. Pensar otra cosa, creer que la cultura andaluza es un todo más menos armónico, responde a espejismos de la postmodernidad, que todo lo enturbia, o a reivindicaciones políticas asentadas en un nacionalismo voluntarista, al que no parece importarle tergiversar o retorcer la Historia. Equivocado es igualmente creer que ese patrimonio unitario, el que fuera, procedía de no se sabe cuantos siglos atrás y que no bárbaros del norte –no se sabe cuáles– vinieron a quebrar tan felices arcadas. Poco habría que objetar a esta imagen idílica de un pasado inexistente, si viniera acompañada de la necesaria dosis de ironía. Pero lo malo es que hay quienes de verdad se creen, y propagan, que los andaluces hemos sido alguna vez, culturalmente hablando, algo unívoco y coherente, y se dedican a fabricar nuevo tópicos, o a repintar los de siempre. Incluso la idea de que aquí los cristianos, moros y judíos se llevaron muy bien, resiste mal el análisis histórico. Sólo puede hablarse de tal cosa en muy contados momentos –ciertos períodos de la Córdoba del siglo XII, quizás–; lo que no quiere decir que no sea deseable tomar precisamente esos instantes de fraterna lucidez como base para un proyecto de futuro. Tampoco debemos renunciar a que el flamenco conquiste a mucha más gente, a que el habla andaluza deje de marcar el estereotipo de lo vulgar y gracioso y, desde luego, no debemos negarnos a poner en cuestión esos bárbaros espectáculos de idolatría con que últimamente se prodiga una degradada religiosidad popular.

Todo eso es sabido, aunque no siempre admitido. Lo que sucede ahora es que ese dualismo histórico



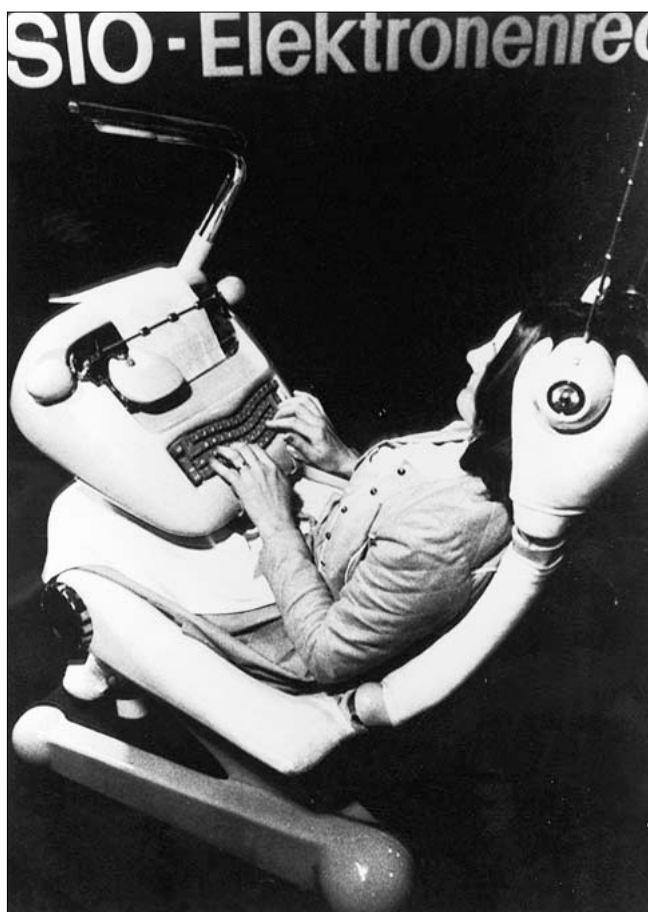
Javier Andradá

La televisión ha sido abandonada definitivamente a las peores leyes del mercado de la basura cultural

de la cultura andaluza se está reforzando con análisis erróneos y actitudes políticas igualmente equivocadas. Así, por ejemplo, se está exacerbando el enfrentamiento culto/popular cuando los poderes públicos se entregan a una política cultural que roza lo esquizoide; pues por un lado costean y hasta jalean las manifestaciones multitudinarias de aquella religiosidad degradada y mistificada, y por otro invierten elevados presupuestos en expresiones culturales de alta academia (museos o exposiciones de arte contemporáneo, festivales de ópera, etc.), al tiempo que descuidaba el flamenco o lo abandonan a la iniciativa privada, no son capaces de diseñar una verdadera política lingüística, que sirva para dignificar el habla andaluza; o no contemplan la recuperación de la cultura etnográfica sino con iniciativas dispersas y mal dotadas. Por su parte, la relación entre identidad andaluza y sistema educativo se reduce a meros adornos. Y en cuanto a la televisión, el gran recurso de nuestro tiempo, ha sido abandonada definitivamente a las feroces leyes de mercado de la basura cultural. Incluso la decisión de crear una segunda cadena pública, de más *calité*, no puede ser vista sino como un inquietante error político, pues viene a consagrar y a fomentar desde el poder la tendencia al dualismo, abandona a su suerte a las clases populares o, peor aún, contribuye de manera resuelta a la alienación colectiva. No se entiende de ninguna manera que un gobierno de progreso haya instrumentado una política semejante, a través del medio más poderoso.

Como consecuencia de esta breve reflexión, cabría formular algunas propuestas, tendentes cuando menos a introducir un marco de reflexión cultural distinto al que se está imponiendo por la vía de la inercia social, la jungla económica y una acción pública desorientada o remolcada por lo anterior:

Los poderes públicos, al menos los de signo político semejante, deberían acordar una política cultural destinada a educar en la verdad histórica, en nuestra señas de raíz popular (de cultura material, simbólicas, musicales, lingüísticas, etcétera), y a extender la cultura académica, ambas cosas a través del sistema educativo y de la televisión, coordinadamente, en



Agencia EFE

horarios y con recursos eficaces. Por todo ello, y a título meramente indicativo, deberían acometerse cuanto antes algunas iniciativas tales como: diseñar un plan ambicioso, y bien financiado, de recuperación del patrimonio cultural etnográfico, que debería incluir la creación de una gran Museo Antropológico del Pueblo Andaluz,. Fomentar, al mismo tiempo, la educación en este patrimonio, tanto a través del sistema educativo como de la televisión, y dedicando un renglón importante de esta actividad al flamenco. Proceder de manera semejante en materia de política lingüística, con objeto de dignificar el habla andaluza, en sus registros cultos, como ex-

Terry Braustein



Cristina García

presión habitual de los andaluces. Diseñar un programa de televisión, de largo alcance, dedicado a reflexionar sobre la realidad histórica de Andalucía, justamente a las puertas del siglo XXI, y antes de que sigan prosperando tergiversaciones o simples ocultaciones de esa verdad. Propagar la cultura académica, con los mismos medios, utilizando también la televisión para hacer llegar a todos los hogares los grandes conciertos y óperas, exposiciones, representaciones teatrales, etcétera, en los que las administraciones públicas vienen invirtiendo muy elevados presupuestos, que por cierto pertenecen a todos, a los pobres también. Ampliar y reforzar la

red de bibliotecas públicas y bibliotecas escolares, con programas de animación a la lectura y personal especializados. Sólo son, repito, algunos ejemplos.

En resumen, empezar a concebir la cultura como un contrapoder; una función pedagógica dirigida a la liberación individual y colectiva, capaz de tener en cuenta que todo hombre, como decía Gramsci, es un intelectual, y que sólo la crueldad social y la educación elitista destruyen ese principio de la dignidad humana. Que el hombre culto no tiene por qué ser, necesariamente, un francotirador ilustrado, un escéptico disolvente o un anarcoide esteticista, sino una persona lúcida e instruida, junto a otras muchas personas instruidas y lúcidas. En Andalucía, particularmente, hay que trazar firmes puentes entre lo popular y lo culto —que históricamente han tendido al divorcio más radical, ligado al de las clases sociales; pues no se olvide que nuestros dos premios Nobel de Literatura se produjeron en una época en que todavía el analfabetismo era una fuerte lacra social—; implicar a las administraciones progresistas en una ética de la responsabilidad cultural, y no que sea la economía la que acabe convirtiéndose en una ética, lo cual constituye el colmo de la perversión. Quizás, en fin, lo alboros del nuevo siglo no sean mal momento para recuperar los nobles conceptos de la cultura como acción pedagógica para todos, ahora que precisamente no faltan los medios con que hacerlo. Es más, no hacerlo, precisamente ahora, resultaría doblemente irresponsable.

Consideraciones y propuestas

Tras la reunión en Granada, en octubre de 1998, de la Comisión de Trabajo, y una vez leídas y meditadas las sugerencias y puntos de vista de otros participantes del Foro, quisiera indicar lo siguiente:

- En primer lugar, me reafirmo en la idea de que la cultura andaluza sufre hoy, más que nunca, del riesgo de dualización. Pues aunque siempre se pudo hablar de una cultura elaborada, académica, y una cultura popular, de raíz folclórica, tradicionalmente independientes, hoy está más acentuado el peligro de una fuerte separación entre ellas, superpuesta a la separación y al antagonismo de clases sociales. La primera, con una acusada tendencia al elitismo, y la segunda a la banalización. En tal sentido, una política cultural progresista debe orientarse al acercamiento entre ambas modalidades, y para ello es necesaria una política educativa que afiance e investigue en las múltiples señas de identidad andaluzas, así como el concurso de los poderosos medios de comunicación de nuestro tiempo, en especial la televisión. Si se quieren algunos ejemplos, se trataría de acercar los grandes eventos teatrales y musicales, normalmente muy subvencionados, al gran público, mediante la televisión; de llevar el flamenco a la escuela de un modo regular; de defender la dignidad del habla andaluza, o las hablas andaluzas, en todas las plataformas públicas; de erradicar de la televisión los programas basura o la publicidad sexista; de mantener el con-



William Klein

trol público sobre los contenidos de los libros de texto en materia de cultura andaluza, etc.

- La cultura andaluza, lejos de ser un depósito de esencias o de señas históricas, es un proceso en marcha, a partir de una multiplicidad de ingredientes. Apostar por tales o cuales notas dominantes suele ser un ejercicio ideológico.
- Entre los acuerdos que me gustaría proponer a la Comisión, figuran:

1. Desarrollar una política de recuperación y de dignificación de la cultura tradicional etnográfica, con la posible creación de un Museo del Pueblo Andaluz.
2. Diseñar una verdadera política lingüística, tendente a la dignificación del habla andaluza en todas las plataformas públicas, según los diferentes registros de modalidades cultas.
3. Incorporar a los planes educativos la cultura andaluza con mayor decisión y niveles de exigencia, y manteniendo la autorización de libros de texto sobre este particular.

4. Potenciar la televisión autonómica como un instrumento de divulgación y profundización de los valores de la cultura andaluza, y de la cultura en general, abandonando la explotación de estereotipos, la vulgarización y la degradación estética y moral; como un eficaz medio de lucha contra las desigualdades en el acceso a los bienes superiores de la cultura, contra la discriminación social y contra las reglas del mercado de la llamada televisión basura. En este sentido, hay que denunciar de nuevo como una torpeza incomprensible la dualización de la propia televisión autonómica en dos cadenas de muy diferentes ofertas: una donde proliferan los programas de baja calidad y otra donde, de forma más restringida, se apuesta por la calidad cultural. Seguir, en esta política, el modelo de las televisiones comerciales de gran consumo no puede admitirse en una televisión principalmente sufragada por recursos públicos y dependiente de un Gobierno de izquierda. Debería corregirse cuanto antes esta tendencia.



Douglas Keats